



La guerra Rusia *versus*
Georgia y sus alcances
globales

*Recibido el 30 de agosto de 2008.
Aprobado el 20 de abril de 2009.*

Carlos Alberto Patiño Villa¹

¹ Doctor en Filosofía por la Universidad Pontificia Bolivariana. Profesor de la Universidad Nacional de Colombia, Bogotá. Dirección del autor: capatiño@unal.edu.co.



Resumen

La reciente guerra entre Rusia y Georgia presenta un impacto directo en los escenarios de poder internacional, dado que cambia las reglas implícitas para la acción militar y revitaliza un concepto “congelado” en la posguerra fría: el de las esferas de influencia.

Palabras clave

Conflictos internacionales, Teoría política, Guerra, Geopolítica.

Abstract

The recent war between Russia and Georgia impacts the International power stages directly, as it changes the unspoken rules for military action and revitalizes a “frozen” concept in the post-cold war: The spheres of influence.

Key words

International conflicts, Political Theory, War, Geopolitics.

La guerra

El 8 de agosto de 2008 ejércitos rusos se adentraron en territorio de Georgia a través de dos puntos estratégicos: primero el de Osetia del Sur y luego crearon un corredor estratégico con el que unificaron sus fuerzas hasta alcanzar las zona de Abjazia, el segundo blanco de su acción militar. Las fuerzas georgianas fueron rápidamente superadas por uno de los dos ejércitos más poderosos del mundo, haciendo que su pequeño pero bien entrenado grupo de militares rápidamente quedara al margen de cualquier acción importante, aunque lograron tener algunos pequeños triunfos como el derribo de dos temidos aviones SU-25.

La operación de los militares rusos fue rápida y directa, y en menos de dos días habían tomado la totalidad de los territorios, incluyendo acciones mecanizadas con grandes columnas de tanques, solo similares a las ejecutadas en la invasión de Irak. Lo más importante, fuera de los territorios mencionados, fue la toma de las ciudades de Gori, Igoeti y los puertos sobre el Mar Negro, y la partición de Georgia en dos con base en el cierre de la autopista que une el país de un lado al otro, a la vez que sitiar la capital con columnas de tanques y vehículos blindados. Los rusos no se

limitaron a bombardear los objetivos enemigos en las zonas en disputa, sino que también eliminaron bases militares en diferentes partes de Georgia, incluyendo un aeropuerto militar en la capital de Georgia, Tiflis.

Para algunos observadores militares en esta operación, el Ejército ruso combina elementos de la doctrina desarrollada en el periodo soviético, tales como el envío de una fuerza infinitamente superior con respecto al tamaño del adversario y el empleo de la “fuerza total” en la artillería pesada y los bombardeos aéreos, junto con el empleo de nuevos elementos desarrollados en las más recientes operaciones militares internacionales, como la combinación de ataques convencionales con ataques electrónicos, especialmente dirigidos a sitios web y señales de medios de comunicación y ataques mediáticos a través de un grupo de voceros de habla inglesa que desde Moscú dieron información sobre las acciones y presentaron la justificación de la acción como una condición de máxima seguridad y de urgencia ante una catástrofe humanitaria que cometía el Gobierno de Georgia con los habitantes de las áreas separatistas y que se encontraban bajo la observación directa de tropas rusas de paz desde el año de 2002 (Shanker, 2008).

Es evidente que Rusia se encontraba claramente preparada para esta acción, dado que sus instrumentos de poder nacional, esto es, diplomáticos, militares y de información, actuaron coordinada y eficazmente, evitando además que se presentaran problemas de filtración de información o contraataques sorpresivos. Pero el 8 de agosto, la acción rusa se justificó en la penetración que las tropas de Georgia hicieron en el territorio de Osetia del Sur el día 7, con el fin de eliminar las fuerzas separatistas claramente patrocinadas por Rusia, en un cálculo que resultó equivocado.

La guerra fue puesta en un punto de negociación a través de la diplomacia francesa con el soporte de los Estados Unidos. De esta forma, el presidente Nicolás Sarkozy propuso a las partes un plan de paz que consta de los siguientes seis puntos:

- El no empleo de la fuerza.
- El cese definitivo de las acciones militares.



- El libre acceso a la ayuda humanitaria.
- El regreso de las tropas georgianas a sus cuarteles y de las Fuerzas Armadas de Rusia a la línea en la que permanecían antes del comienzo de acciones militares.
- La adopción por la fuerza de paz rusa de medidas de seguridad adicionales hasta que sean articulados mecanismos internacionales (en el futuro esta fuerza debería ser reemplazada por militares de países neutrales. Sin embargo, los surosetios y abjazos solo quieren a los soldados rusos).
- El inicio de las consultas internacionales para garantizar la seguridad en Osetia del Sur y Abjazia.

Punto adicional

Aparte de los seis puntos del acuerdo propuesto por el presidente francés Nicolas Sarkozy en nombre de la UE, Condoleezza Rice entregó una carta al Gobierno de Georgia en la que la diplomacia francesa aclaraba que lo pactado con Moscú permite a las fuerzas de paz rusas que estaban en Osetia del Sur antes de la guerra permanecer y patrullar temporalmente en una zona de seguridad de 10 kilómetros dentro del territorio georgiano (El País, 2008).

El plan de paz propuesto fue aceptado por Rusia, con las diversas aclaraciones de que el futuro de Osetia del Sur y de Abjazia estaba en manos de sus ciudadanos y no del Gobierno de Georgia, dejando la puerta abierta a la anexión a la Federación Rusa, según las declaraciones del canciller Serguei Lavrov. Por su parte, Georgia aceptó este plan con reservas y bajo la presión internacional, dado que su margen de negociación prácticamente dejó de existir ante la falta de apoyo real tanto de la OTAN como de los Estados Unidos. Después de la firma, Rusia se ha resistido a abandonar totalmente las zonas ocupadas, entre ellas el puerto de Poti, el segundo más importante del país. El conflicto se dio por terminado oficialmente con la aceptación por parte de Georgia del plan de paz para el 18 de agosto.

¿Error de Saakashvili?

Para algunos observadores especializados en la región del Cáucaso, queda la duda si la guerra fue producto de un error de cálculo del presidente de Georgia, Mikheil Saakashvili. Sin embargo, en las acciones georgianas es más que un error la pretensión de lograr varios objetivos a la vez, amparados en las promesas de apoyo internacional.

El primer problema que Saakashvili trató de resolver, luego de años de tratar de ganarse la confianza y el cambio de actitud de los separatistas osetios y abjazos obteniendo tan solo limitados acuerdos comerciales, fue eliminar la capacidad militar de éstos, en una operación rápida que no diera tiempo suficiente para una posibilidad de respuesta previsible por parte de Rusia. El segundo objetivo del Presidente georgiano era hacer que de facto las promesas de ingreso a la OTAN y la relación privilegiada que había conseguido con los Estados Unidos se hicieran realidad en una acción contra Rusia, dada la agresión que inevitablemente sufriría su país.

Con esta acción, Saakashvili daba continuidad a parte de sus promesas en la llamada “revolución de las rosas”, de fines de 2003, que dio como resultado el derrocamiento del antiguo miembro del establecimiento soviético, convertido en nacionalista después de la disolución de 1991, Edvard Shevarnadze. El nacionalismo del actual Presidente de Georgia comporta un carácter esencialmente anti-ruso construido con base en una estrecha relación con los Estados Unidos, que convirtió al país, desde mediados de los años noventa, en un objetivo de su diplomacia y de su ayuda militar, incrementada con la llegada al poder de Saakashvili y sus colaboradores.

Estados Unidos ha sido el gran promotor de la mesa de donantes para Georgia, a la vez que se ha encargado de promover su ingreso como miembro de pleno derecho a la OTAN. En este camino, Georgia ha encontrado un aliado estrecho en el actual gobierno de Ucrania, un país en proceso de promocionarse como indispensable para la seguridad europea y un socio seguro a la hora de abastecer a los países occidentales necesitados de elementos energéticos como petróleo, gas y carbón.



Quizá el principal error de Saakashvili haya sido el de creer que una acción militar podría involucrar a Europa, un “enano militar” en nuestra época, en el marco de la OTAN, y que Estados Unidos haría algo más que gestiones diplomáticas y declaraciones ambiguas para evitar que un país pequeño, con poca población, fuerzas militares minúsculas al lado de las rusas y un cuerpo diplomático también limitado por su tamaño y poca riqueza, fuera engullido por el aparato militar ruso. Incluso puede decirse que los georgianos requieren mucho más que armas y entrenamiento sofisticado como el que actualmente reciben por parte de los israelíes, para sobrevivir a la capacidad y la acción rusa. Dicho en otras palabras, el nacionalismo georgiano no traspasa a los rusos, sino que por el contrario le es útil, y mucho más cuando le permite actuar, ahondar los temores europeos y re-establecer la imagen de fuerza de tanta tradición en las fuerzas armadas rusas (Blank, 2004).

Rusia en la escena internacional

Es un lugar común entre muchos políticos norteamericanos y europeos ver a la Rusia postsoviética como un Estado fracasado, con poca posibilidades de actuar de sostenida, creíble y en vías de recuperar el prestigio de los dos siglos anteriores. Empero, la realidad que se desprende de lo sucedido en la guerra contra Georgia entre el 8 y el 16 de agosto de 2008, le ha servido para encontrar el lugar que buscaba desde que Vladimir Putin asumió el poder en el año 2000, momento desde el cual marcó su mandato con dos propósitos: Primero, recuperar la posición de Rusia en el contexto internacional, tanto militar como económica, política y diplomáticamente. La herencia que debía remontar era la de Boris Yeltsin, marcada por la corrupción, una transición desastrosa del sistema soviético a la democracia multipartidista y constitucionalista, y la ruinoso invención del mercado como institución en una sociedad en la que éste no había existido, incluso desde el periodo de los zares. Segundo, crear un entorno de acción que incluyera tanto una recomposición de la esfera de seguridad inmediata, como la consecución de aliados que le permitan asegurar una posición de competencia contra las otras potencias internacionales, especialmente los Estados Unidos. Estos aliados pueden estar o no en su órbita fronteriza inmediata, aunque es preferible que se encuentren dentro de la esfera de seguridad de las otras potencias internacionales.

Putin basó su programa para recuperar el papel internacional de Rusia en cuatro elementos clave: uno, la reconstrucción de las fuerzas armadas sobre una nueva doctrina, moderna con respecto al periodo soviético y más firme con respecto a lo que percibía como las ambigüedades del periodo democrático postsoviético. Dos, la creación de una economía que diera suficientes ingresos fiscales, y para ello estaba en contexto de los recursos energéticos, entre los que se destacan las inmensas reservas de petróleo, gas, carbón y producción de energía a través de plantas nucleares. Tres, la reactivación del complejo industrial-militar con la mano de un fuerte desarrollo de nuevos productos armamentísticos y la búsqueda de nuevos mercados, basado en dos criterios: la búsqueda de compradores y la búsqueda de compradores que además sirvan para establecer un contrapeso estratégico a los Estados Unidos, el único competidor considerado global. Y cuatro, la recuperación de la esfera de influencia exterior a través de la apuesta de construir estructuras políticas y militares que permitan ubicar a “amigos” en los gobiernos de los países de la órbita inmediatamente exterior de Rusia. Estas políticas marcaron además una posición de voluntad férrea en política interior: el periodo de Putin ha estado marcado por una clara vocación de no permitir la continuación de las separaciones territoriales y poblacionales de lo que había sido Rusia desde el siglo XIX.

Para Robert Kagan (2008), lo que Rusia ha hecho es crear una estructura de poder político denominado “nacionalismo de gran potencia” (p. 22), que va dirigido a dar credibilidad a las posibilidades que existen para recuperar el papel de Rusia en la historia. De hecho, Putin hizo una declaración, al comienzo de su gobierno, que luego ha repetido en varias ocasiones generando dificultades en el mundo occidental pero produciendo apoyo popular sin precedentes en su país, afirmando que “la disolución de la antigua Unión Soviética fue la mayor catástrofe geopolítica del siglo” (Trenin, 2007). En esta medida, tres acciones de claro compromiso occidental han fortalecido cada vez más su nacionalismo: la ampliación de la OTAN desde 1992 en adelante, en contra de las advertencias y las desavenencias rusas; la guerra de Kosovo y su independencia con respecto a Serbia, y el apoyo incondicional, por lo menos diplomáticamente, a Georgia. De esta forma, el objetivo de recuperar las capacidades de dominación de Rusia en el espacio de Eurasia es inaplazable, como lo es el hecho de convertir a Polonia y a los demás miembros orientales de la OTAN en una zona estratégica neutral que le garantice un área de seguridad.



Pero como si lo anterior fuera poco, para Rusia es indispensable restablecer su esfera de influencia inmediata, de forma tal que su estatus no se vea aplazado por ninguna condición. De esta forma, su presencia entre los miembros de la Comunidad de Estados Independientes es cada vez mayor, tanto en asuntos comerciales como a través de su capacidad militar y su presión diplomática. Con ello, Rusia ha podido ir recuperando su esfera de influencia a la vez que mantiene su posición como referencia, lo que le permite jugar con todas las cartas del poder, hasta el punto que la autocracia interior también es una política exterior. Para Kagan (2008a) y otros autores, lo que surge en este contexto es un juego diplomático encaminado a la ideología de la rudeza política, haciendo que las instituciones internacionales carezcan de credibilidad a la hora en que Rusia cree que tiene que actuar.

Por todo lo anterior, es claro que Rusia no dejaría pasar inadvertidamente una oportunidad como la que le presentó la guerra con Georgia, toda vez que el principal resultado, más allá de apoyar a los separatistas, con los que se siente comprometida desde la guerra de 1992, es dejar en claro con los Estados Unidos, con la OTAN y con cada uno de los poderes europeos, que Rusia no está solo aspirando a estar en la escena internacional, como lo hizo saber en los debates en el Consejo de Seguridad de la ONU desde el mismo 8 de agosto. Incluso el principal perdedor de la guerra, mucho más que Georgia, es la Unión Europea, que ha debido reiniciar de inmediato una reconstrucción detallada de sus planes de seguridad, amenazados por la reaparición de la vieja rivalidad con Rusia, cuyos mensajes de presión a través del gas y el petróleo se disimulaban.

Pero el principal mensaje para los Estados Unidos es que Rusia no está dispuesta a dejar de lado su capacidad para reconstruir de forma fuerte su esfera de influencia, a lo que los Estados Unidos no pudieron hacer más que declaraciones, intenciones de buena voluntad y repartir tardíamente una ayuda humanitaria que no recuperará las condiciones de Georgia.

Pero existe un segundo elemento que la guerra dejó en claro desde el lado ruso: la recuperación militar está en pleno auge, su capacidad de coordinación y de ejecución de tareas con eficacia y éxito es creíble y contundente, y además ha dejado en claro que tiene armamentos nucleares dirigidos a crear un clima de contención duradera no solo con Estados

Unidos sino con la OTAN, cuya colaboración ha cesado unilateralmente. La guerra con Georgia se ha convertido, además, en una clara advertencia para los responsables de la seguridad exterior turca, siempre incómodos con los movimientos rusos en el Cáucaso. Ante esta perspectiva, muchos observadores han coincidido en que Rusia ha modificado sustancialmente el orden mundial, mucho más de lo que supuso la guerra de Irak, y ha demostrado que aquellos que creían que Estados Unidos eran un poder internacional en solitario estaban equivocados (Mallaby, 2002).

Pero un elemento clave en la guerra contra Georgia, con respecto a la guerra con el Irak de Sadam Hussein, es que para esta última se contaba con el respaldo del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas a través de la Resolución 1441, que además fue apoyada por la mayoría de los países europeos. El escándalo contra la guerra en Irak fue construido por la diplomacia francesa con base en declaraciones de prensa, pero en la oposición real que podía ejercer en el Consejo de Seguridad, en donde siempre estuvo de acuerdo, a pesar de que la banca francesa financiara a Hussein para sobrevivir al embargo llamado “alimentos por petróleo” (Ferguson, 2005).

La guerra en Georgia se presentó sin una estructura legal que le permitiera a Rusia actuar de acuerdo al derecho internacional, y con ello ha creado el precedente de que la esfera de influencia es parte de las áreas de actuación directa de cualquier Estado. Dicho de manera directa, Rusia rompió la estabilidad que generaba la existencia del Consejo de Seguridad para el mantenimiento de un orden jurídico internacional, y eso transformará de manera directa la seguridad internacional y el marco en el que se desarrollen las guerras iniciadas por Estados que se sientan amenazados en sus esferas de seguridad, o en cualquier asunto que se parezca a una amenaza a su seguridad.

Implicación regional para América Latina

La guerra Rusia-Georgia tendrá implicaciones locales, toda vez que Rusia había asumido una posición de contrafuerte a la relación de Estados Unidos-Georgia, a través de establecer una relación privilegiada con Venezuela. Esta relación tiene dos elementos clave: el Presidente venezolano, convencido de que está ejecutando una revolución de largo alcance y



con implicaciones para toda América Latina, ha iniciado una estrategia diplomática que tiene como objetivo buscar nuevos aliados estratégicos para Venezuela, que vayan más allá de las tradicionales buenas relaciones venezolanas con Estados Unidos e incluso que superen las sombras de la nueva potencia hegemónica subregional, Brasil.

En la ejecución de dicha estrategia, Venezuela ha introducido nuevos actores extra-regionales que cumplen con este papel: China, Irán y Rusia. Con China, los alcances de la relación han ido a buscar que este se convierta en un consumidor del petróleo pesado que produce Venezuela, que tiene pocos consumidores a nivel mundial, a la vez que asegurar que el país suramericano tendrá abastecimiento permanente de las diferentes mercancías producidas en el gigante asiático. En asuntos militares y diplomáticos, China le ha dejado en claro a Venezuela que no le interesa inmiscuirse en problemas con los aliados de Estados Unidos, y menos con aquellos países que prometen ser mercados seguros para su producción, como los países suramericanos. Sin embargo, la actitud de China no es compartida por Irán y Rusia, para quienes los motivos de la alianza con Venezuela tienen como trasfondo la oposición a los Estados Unidos, en el terreno que sea.

En el caso de Irán, las relaciones con Venezuela son prioritarias por varias razones: una de ellas es que ha encontrado un socio estratégico para la expansión del chiísmo, a la vez que ha encontrado un potencial cliente para comprar tecnología nuclear y pagar entrenamiento militar basado en un férrea disciplina de lucha contra adversarios superiores (esta doctrina es para algunos observadores militares parte de los aprendizajes obtenidos de la guerra contra Irak entre 1980 y 1988). Esto explica que Irán tenga observadores y entrenadores militares en Venezuela como parte del intercambio, y que además existan vuelos diarios entre Caracas y Teherán, tanto de aerolíneas venezolanas como iraníes.

Pero en el caso de Rusia, es evidente que Venezuela se convirtió en el aliado ideal que el Gobierno de Putin buscaba para construir una oposición directa a los Estados Unidos. Dentro de los términos de esta relación se encuentran dos argumentos clave para Rusia: de una parte, es un opositor a las políticas de Estados Unidos, aunque se pase por alto la dependencia que Venezuela mantiene del consumo petrolero de Estados Unidos, y de otra, Venezuela tiene suficientes ingresos fiscales como

para adquirir armamento estratégico de alto costo. Con esto último, Rusia obtiene una ventaja marginal crucial en tanto que mantiene en movimiento el complejo industrial-militar, el responsable de la generación de una parte importante de los empleos calificados del mercado laboral.

En este contexto, Venezuela se ha convertido para Rusia en el contrafuerte contra los Estados Unidos, en respuesta directa a las relaciones de la diplomacia y de los responsables de la seguridad de los Estados Unidos en Cáucaso y Europa Oriental, en donde existen relaciones especiales que preocupan a Moscú: las relaciones con Georgia, Polonia, Ucrania y los países del Báltico, con quienes además se han estado negociando elementos como la expansión de la OTAN, el despliegue del escudo antimisiles y el estacionamiento de puestos de inteligencia e información. Incluso en el marco de la guerra contra Georgia, Ucrania ofreció a los Estados Unidos y a las fuerzas de la OTAN, la entrega de los sistemas de detección y destrucción de misiles de fabricación rusa, que para Rusia es bastante significativo dado que antes de la llegada de Viktor Yushchenko, Ucrania era un aliado crucial que se perfilaba para un proceso de reunificación directa con la Federación Rusa.

La venta de aviones de combate de última generación y de submarinos de alta capacidad a Venezuela convierte a Rusia en su proveedor y responsable directo por una carrera armamentista de grandes proporciones, porque la capacidad militar que Venezuela está adquiriendo no solo amenaza a Colombia, sino que también es un desafío inmediato para Brasil, y pone en tela de juicio la capacidad de Estados Unidos para mantener intacta su esfera de influencia. Colombia no tiene por ahora cómo responder a esta carrera armamentista, y menos aún cómo afrontar la amenaza que de ella se desprende si ésta se concreta en una acción bélica directa. Prueba de ello es que las primeras pruebas que la Fuerza Aérea de Venezuela ha realizado con los SU 30 ya adquiridos han permitido bloquear todos los sistemas de detección y comunicación de las fuerzas armadas colombianas. Las capacidades marítimas que en 2008 completó Venezuela superan las que tiene Brasil en términos de submarinos y capacidad de bombardeo naval. De esta forma, Rusia, con sus ventas de armamento estratégico, está alterando los equilibrios militares subregionales y amenaza la presencia de los Estados Unidos.

La consecuencia más inmediata e importante es que Estados Unidos ha movilizado la IV Flota de la Armada, que desde la década del cincuenta había sido desmovilizada, y ha emprendido un nuevo programa de disuasión regional. Sin embargo, está por verse qué podrán hacer Colombia, el amenazado directo por Venezuela, y Brasil, quien ve surgir un desafío importante a su hegemonía subregional. Pero lo importante de fondo es que la guerra contra Georgia en este agosto le ha liberado las manos a los Estados Unidos para actuar en términos de la seguridad regional y la composición de su esfera de seguridad.

Referencias bibliográficas

- Blank, Stephen. (2004). *¿Unas nuevas fuerzas armadas rusas? La Vanguardia Dossier*, (9), 57-61.
- El País. (2008, 16 de agosto). El pacto para frenar el conflicto. Guerra en el Cáucaso [en línea]. Disponible en: http://www.elpais.com/articulo/internacional/pacto/frenar/conflicto/elpepiint/20080816elpepiint_3/Tes [consultado el 16 de agosto de 2008].
- Ferguson, Niall. (2005). *Coloso. Auge y decadencia del imperio americano*. Barcelona: Random House-Mondadori.
- Kagan, Robert. (2008). *El Retorno de la Historia y el Fin de los Sueños*. Madrid: Taurus.
- Kagan, Robert. (2008a). Ideology's Rude Return [en línea]. Disponible en: <http://www.washingtonpost.com/wp-dyn/content/article/2008/05/01/AR2008050102899.html> [consultado el 18 de agosto 2008].
- Mallaby, Sebastian. (2002). *The Reluctant Imperialist: Terrorism, Failed States, and the Case for American Empire*. Foreign Affairs, 81, (2), 2-8.
- Shanker, Thom. (2008). Russians melded old-school blitz with modern military [en línea]. Disponible en: <http://www.nytimes.com/2008/08/17/world/europe/17military.html> [consultado el 18 de agosto 2008].
- Trenin, Dmitri. (2007). *Getting Russia Right*. Washington: Carnegie Endowment for International Peace Washington.